

CAPÍTULO 1

Keil Parmet buscó entre sus bolsillos la llave de su negocio. La semana pasada, unos vándalos habían conseguido anular el código de seguridad electrónico, y habían entrado en el taller arramblando con todo lo que habían pillado. Keil se vio obligado a instalar una cerradura de dispositivo mecánico comprada en una chatarrería. No era tecnología punta, desde luego, pero esperaba que le resultase más segura que su carísimo dispositivo antiatraco, garantizado de por vida.

Naturalmente, las compañías que prestaban tales garantías a sus productos no solían responder jamás cuando se presentaba algún problema. Se creaban y disolvían con la misma facilidad que un charco de agua se evapora en el desierto de Nueva Brasilia. Keil giró la desgastada llave de metal y el cerrojo se desplazó con un sonido quejumbroso. Los primeros rayos de la mañana iluminaron la habitación. Entró en la tienda y sus botas levantaron una pequeña nube de polvo. Las partículas del desierto se colaban por las rendijas de la puerta como los vendedores, sigilosamente, sin invitación. Era inútil echarlas afuera, porque al día siguiente seguían estando allí, como un elemento más del paisaje. Keil se quitó su liviana máscara de protección ambiental, programó la aspiradora para una limpieza rutinaria de veinte minutos y se dispuso a despachar el correo que había llegado al taller.

Su ordenador había recogido seis mensajes. Cinco de ellos eran de publicidad, pese a que Keil tenía instalado en memoria un programa excelente para filtrar mensajes. Las empresas de publicidad siempre encontraban la manera de sortear esos filtros, de la misma forma que los granos de arena buscaban las rendijas para colarse en su tienda. El último

mensaje era un extracto de su cuenta, remitido por el banco. Keil miró, ceñudo, la información que aparecía en pantalla. Le habían cargado 50 unicreds en concepto de ayuda a los damnificados por el terremoto lunar, y 60 más por el primer recibo de una póliza de automóviles que él no había concertado. De hecho, ni siquiera tenía vehículo.

Ya estaba harto de aquellos cargos. Siempre se trataba de cantidades pequeñas, para desanimar al cliente a reclamar. Los procedimientos para obligar a un banco a que devolviese un cargo indebido eran tortuosos y costosos. Los directivos de los bancos lo sabían, y detraían deliberadamente pequeñas cantidades en pago de servicios inútiles que sus clientes no habían pedido. A cambio, el banco percibía una comisión de las empresas suministradoras por permitir la domiciliación de los recibos.

Lo del terremoto aún podía pasar, suponiendo que efectivamente hubiese tenido lugar un terremoto en la luna —aunque él juraría que en la luna no ocurrían seísmos de gran magnitud—, pero lo de la póliza de vehículos era excesivo. Él no tenía coche, ni podía permitirse el lujo de comprarse uno. De acuerdo, quedaría como un miserable reclamando 50 unicreds si lo del terremoto fuese cierto, pero el cargo del seguro era un abuso que no podía quedar sin respuesta.

Impulsado por la rabia, se dispuso a utilizar su reciente programa saturador de comunicaciones para colapsar las líneas de correo del banco durante unas cuantas horas. Luego recordó que a un tipo que realizó una venganza similar le cayeron siete años de cárcel, y eso que sólo consiguió una sobrecarga parcial de cinco minutos. No parecía una buena idea.

Miró su crono. Braj, su socio, nunca llegaba temprano. Si es que llegaba. Para lo que hacía en la tienda, mejor que no viniese. Keil cogió un desgastado plumero y se dispuso a quitar la arena de la estantería de libros que tenía junto a la entrada. Los ladrones que arrasaron la tienda la semana pasada no se llevaron ninguno, aunque sólo fuese por curiosidad. Los libros de celulosa ya no resultaban atractivos ni siquiera para ellos.

Se detuvo en el tercer estante y sacó su favorito, *Cruzando la corriente*, una novela de aventuras de mediados del siglo XXI, que narraba las peripecias de Roe Neital, un piloto estelar que rejuvenecía un poco cada vez que entraba en la corriente Lisarz. Keil había oído hablar mucho de la cronosimetría y de los efectos de un salto descompensado, pero naturalmente era consciente de que nadie que entrase en la corriente Lisarz y experimentase una integración molecular podía salir para contarlo. Cualquier estudiante de secundaria sabía que una ruptura de la simetría Lisarz equivalía a la conversión instantánea de materia en energía. Si el cuerpo de Roe se convertía en energía pura, sería devuelto al espacio transformado en un mar de partículas atómicas radiactivas, y eso ofrece muy pocas probabilidades de seguir pilotando una nave espacial. Las novelas de aventuras raramente se atienen a la realidad; quizás porque la realidad deja muy poco espacio a las aventuras.

La puerta se abrió con un cascabeleo. Demasiado temprano para que acudiese algún cliente. También demasiado temprano para el gandul de Braj. Keil se giró con desgana, sosteniendo el libro.

El hombre que había entrado se quitó su máscara de ambiente. Llevaba un maletín negro y la indumentaria habitual de los vendedores. Keil suspiró.

—Disculpe, caballero —dijo educadamente el hombre—. Me llamo Abinei, de la corporación Boreal-Gen. Sólo le entretendré un par de minutos.

—No puedo comprarle nada —le contestó Keil—. Nos robaron la semana pasada. Estamos sin dinero.

—Descuide, puedo ofrecerle las mejores condiciones de financiación del mercado —se le acercó al oído—. Y absoluta opacidad. Su banco no se quedará con el doce por ciento por cada operación en que intervenga, y ya sabe que por ley interviene en todas. Nosotros tenemos nuestros propios circuitos financieros.

Keil, que todavía tenía en mente los creds que su banco le había robado aquella mañana, se mostró más receptivo al vendedor. Tenía algunas referencias de los canales paralelos de transacciones comerciales. Eran ilegales, por supuesto.

Cualquier cobro o pago superior a 100 creds debía de hacerse mediante tarjeta, que expedía directamente la entidad bancaria. Pero la opresión financiera había obligado a los comerciantes a crear sus propios mecanismos de defensa.

—¿Le gustaría tener un nuevo ayudante? —dijo el vendedor, desplegando su maletín en el mostrador.

—¿Tengo pinta de estar agobiado de trabajo? —replicó Keil, señalando las vacías estanterías del taller.

—Le aseguro que podemos proporcionarle los mejores obreros especializados a unas condiciones increíbles —el vendedor abrió su catálogo.

Keil alzó las cejas al contemplar las fotografías.

—¿Monos? —exclamó.

—Chimpancés, orangutanes y mandriles altamente especializados, fruto de las tecnologías de hibridación genética más avanzadas de nuestra época. Han recibido una minuciosa educación y pueden ejecutar una nutrida gama de tareas sin rechistar. Y lo más importante: sin cobrar. Un puñado de cacahuetes al día es todo lo que necesitará para contentarlos. La solución definitiva para reducir costes laborales.

Keil Parmet reflexionó. Prefería un chimpancé amaestrado al gandul de su socio, con la ventaja añadida de que con el chimpancé no tendría que compartir los escasos beneficios del negocio.

—Hablan fluidamente el espanglés gracias a su laringe modificada, y poseen una sólida formación en contabilidad, mecánica, electrónica y Derecho.

—¿De qué me serviría un mono que supiese leyes?

—De nada, probablemente. Pero a los simios se les da muy bien memorizar normas. Y ya sabe usted eso de que la memoria es el talento de los tontos. Le garantizo que resultarán unos asesores legales de primera categoría.

—Tal vez en otro momento. Pero como le decía, estamos muy mal de liquidez este mes.

El vendedor intentó mostrarle un segundo catálogo, pero Keil rechazó con un gesto.

—Por favor, no insista.

—Se trata de plantas resistentes a la radiación solar. ¿Le gustaría tener de nuevo su jardín lleno de flores? ¿Qué tal unas

semillas de petunias o margaritas? Sería usted la envidia del vecindario. Nosotros mismos se las plantare...

—No tengo jardín. Nadie en Nueva Brasilia tiene jardín. ¿Acaso no sabe dónde está?

El vendedor echó un vistazo al cristal de la puerta. Un vendaval arrastraba una nube de granos de arena.

—Le aseguro que nuestras flores no necesitan agua para crecer. Sólo un poco de buena voluntad.

—Es usted muy gracioso, señor Abinei. Pero no estoy de humor esta mañana.

El ordenador le indicó que acababa de recibir un mensaje en el correo electrónico. Aunque el infatigable vendedor continuó su acoso, Keil pulsó una tecla para ver qué era.

Mejor no haberla pulsado. Era la notificación del dueño del local de que había interpuesto demanda de desahucio. Le debían cuatro meses de alquiler, y su paciencia se había agotado. Quizás necesitase uno de esos monos leguleyos para defenderse ante el tribunal, meditó.

—No voy a comprarle nada. Recoja sus catálogos de monstruosidades y márchese.

El vendedor enmudeció. Sintiéndose ofendido en su amor propio, introdujo los muestrarios en el maletín y sin decir palabra, abandonó la tienda.

Keil se arrepintió de inmediato de su brusquedad. Aquel hombre no tenía la culpa de las dificultades que atravesaba su taller. Al fin y al cabo, ser amable con la gente no le costaba nada.

Salió a la calle. El hombre ya se alejaba apresuradamente por la acera, ajustándose la máscara de ambiente. La arena se introdujo en los ojos de Keil y le azotó el rostro, quizás reprochándole su comportamiento. Recordó que no llevaba protección ambiental y regresó a la tienda, cerrando rápidamente la puerta.

Al otro lado de la calle, la tienda de electrodomésticos Entrured se llenaba de clientes.

Abrió el mes pasado, y desde entonces las ventas en el taller de Keil habían caído en picado. Entrured no sólo vendía cualquier clase de aparatos electrónicos, sino que también los

reparaba, y a unos precios realmente competitivos. Con lo grande que era Nueva Brasilia, y Entrured había tenido que instalarse precisamente frente a su negocio.

Es un hecho comprobado. Cuando tienes un poco de éxito en lo que sea, otros te imitan. Pero no se conforman con abrir al otro extremo de la ciudad, no. Si pueden hacerlo delante de tus narices y fastidiarte el negocio, mejor que mejor. Así es la competencia. No se contentan con plagiar tus ideas, además tratan de hundirte. Aquel barrio sólo daba clientela para una sola tienda, no había bastante negocio para ambas. Tarde o temprano, una de las dos cerraría.

Y Keil presentía que sería la suya, y que el día de cierre estaba bastante próximo en llegar. Los piratas de Entrured explotaban a sus empleados, obligándoles a jornadas de doce horas diarias a cambio de una paga miserable. Keil no podía competir en aquellas condiciones, y ellos lo sabían. A través del cristal de la puerta observó cómo se acercaba el coche azul metalizado de uno de los dueños. La puerta del conductor se abrió aparatosamente hacia arriba, y un individuo flacucho de tez grasienta salió del vehículo, estirándose su traje de seda auténtica. No llevaba máscara de ambiente, sino unas gruesas gafas negras y un diminuto filtro bajo su nariz, chata como la de un mono. Keil relacionó su cara con las fotos de los chimpancés habilidosos que le había intentado vender el representante de Boreal-Gen; con la diferencia de que los chimpancés tenían mejor aspecto que aquel individuo, y posiblemente serían mucho más considerados con el prójimo.

El comerciante de Entrured se dirigió a la puerta de su negocio, pero antes de entrar, y como si sintiese que le observaban, se volvió. Su mirada se cruzó con la de Keil. Éste reprimió sus deseos de salir a la calle y decirle lo que pensaba de su persona. El hombre de las gafas sonrió, sacudió la cabeza y entró en su local. Keil sospechaba que había tenido algo que ver en el robo en su taller de la semana pasada; si no directamente, por lo menos omitiendo avisar a la policía al advertir que la alarma de la tienda vecina estaba sonando. El taller de Keil ya estaba cerrado cuando los ladrones entraron sobre las once de la noche, pero en Entrured aún permanecían los dueños, que acudían a aquellas horas para cerrar la caja.

Tenían a Suiner, el contable, pero no se fiaban de él, y eso que a que Keil le constaba que Suiner era una persona de conducta intachable. Debieron de alegrarse mucho aquellos cuervos al ver a los ladrones robando en el taller de enfrente.

Regresó al mostrador a revisar las facturas. Los proveedores ya no estaban dispuestos a fiarle más, y exigían con urgencia el pago de sus mercancías. Keil se arrepintió por enésima vez del día en que se asoció con el gandul de Braj. Debería ir considerando seriamente la opción de buscar otro empleo. Era evidente que con Braj no llegaría a ningún sitio, como no fuera a la cárcel por no pagar las deudas. Al menos en la prisión no había que preocuparse por llegar a fin de mes, siempre tenías un plato caliente que llevarte a la boca, si bien lo de salir con vida ya era otro problema. Se contaban cosas horribles de las cárceles, el índice de mortalidad era sospechosamente alto y se decía que había médicos implicados en mafias que a cambio de dinero mataban a los internos con inyecciones letales.

Definitivamente, no cambiaría el desolado paisaje de Nueva Brasilia por un plato caliente de sopa al día, aunque tuviera que comer arena del desierto el resto de sus días. Miró desolado la nube de polvo que se estrellaba contra la luna del escaparate. Y pensar que un par de siglos antes, aquel lugar había sido la selva más extensa de la Tierra.

A media mañana, Keil conectó el televisor panorámico para distraerse. Ya estaba harto de sumar facturas y todavía no había entrado el primer cliente. Braj continuaba sin aparecer, aunque en realidad su ayuda no resultaba en absoluto necesaria. El televisor emitía canales de anuncios, interrumpidos ocasionalmente por algún que otro programa de calidad pésima. Los canales de pago eran un lujo al que había tenido que renunciar hace tiempo.

En ese momento estaban pasando un anuncio de la Unión interestelar. De la pantalla surgió la imagen en relieve de un planeta verdeazulado, iluminado a contraluz por un sol desconocido. En primer plano, las toberas de un inmenso crucero llameaban con magnificencia.

—«¿Está aburrido de su vida? ¿Quiere viajar a los mundos de la frontera y adentrarse en lo desconocido? Las

estrellas le esperan. Apúntese al programa de colonización del gobierno. Pago en unicreds no devaluables, sueldo libre de retenciones e integración inmediata en la plantilla de la Unión interestelar. Grandes posibilidades de ascenso. Plazas muy limitadas. Apúntese *ahora*».

Una variación de *La Primavera* de Vivaldi servía de contrapunto sonoro al reclamo publicitario. La cámara se acercó al planeta, surcando a gran velocidad nubes como el algodón, cumbres nevadas, bosques, prados y lagos de un azul cristalino. Demasiado hermoso para ser verdad, pensó.

¿O no? Tampoco perdía nada informándose. La Unión interestelar había asentado bases permanentes fuera del sistema solar en más de veinte planetas, desde que se inició el programa de colonización a finales del siglo XXI. La mayoría eran mundos demasiado cálidos o demasiado fríos; que él supiese, ninguno poseía una atmósfera respirable para el hombre. Aún así, el número de voluntarios que se alistaban al programa iba en aumento, y eso que era un hecho seguro que los que se marchaban a los mundos de la frontera no volverían jamás a la Tierra. Los viajes estelares eran demasiado costosos para que alguien pudiese pagarse un billete de vuelta, y además, se prolongaban durante años, a pesar de que el descubrimiento de la fisión protónica —que proporcionaba la energía de impulso a las naves para entrar en la corriente Lisarz—, suponía una reducción considerable del tiempo de vuelo. Era un viaje sin retorno a mundos mucho peores que la Tierra, pero aún así, la gente se apuntaba. Y quién sabe, quizás se hubiese descubierto un planeta con una atmósfera respirable, ríos, árboles y todo eso. Un planeta donde la vida todavía fuese posible.

La puerta de la tienda se abrió. Braj, su socio, acababa de entrar. Eran las once y media de la mañana. Vaya, aquello era todo un récord para aquel zángano. Habitualmente no solía asomar por allí hasta después de mediodía.

—Vaya, Keil, ¿viendo anuncios como siempre? —dijo Braj con una sonrisa cínica, señalando al televisor—. Menudo dolor de cabeza tengo —se frotó la nuca—. He debido coger una mala postura en la cama.

Un planeta donde la vida todavía fuese posible, donde se pudiese contemplar la luz del día sin gafas protectoras, donde poder respirar al aire libre sin necesidad de filtros. Demasiado bueno para ser verdad, se repitió.

—Eh, nene, estoy aquí —Braj le pasó la mano por delante de los ojos.

—Ya te he visto.

Braj se encogió de hombros y abrió la caja registradora.

—¿Qué significa esto? —gruñó.

Keil suspiró profundamente.

—¿A qué te refieres?

—Al dinero, naturalmente —dijo Braj—. No hay un solo cred.

—Vaya novedad —Keil volvió la atención a la pantalla de televisión.

—Eh, te estoy hablando, maldito seas.

—No entran clientes, eso es todo. Siento que hoy no puedas saquear la caja para irte de juerga esta noche.

—Denoto un cierto sarcasmo en tus palabras —Braj entró en la trastienda. Al rato apareció con un analgésico y un vaso de agua—. No olvides que tengo el sesenta por ciento de participación de este chamizo, y que mis beneficios son en consecuencia más elevados que los tuyos.

—Míralo por el lado bueno. Al no haber dinero, mañana no tendrás jaqueca.

Braj no respondió. Consultó el registro de la caja, pero efectivamente, no se había realizado un solo movimiento desde su última visita al taller.

—La culpa es de esos libros que tienes en la estantería ocupando sitio —protestó—. Sólo sirven para acumular polvo. Ni siquiera los ladrones los quieren. Además, están fabricados con celulosa, y sabes que eso está mal visto.

—Son artículos de coleccionista para mentes cultivadas; lo que no se puede decir de la tuya, Braj. Eres incapaz de leer una línea completa sin detenerte.

—Un ambiente sucio perjudica a la mercancía, y estos ladrillos de papel son verdaderos almacenes de porquería —Braj cogió un grueso libro de tapas de cartón, y lo sacudió. De las páginas brotó una nube de polvo—. ¿Lo ves?

—Quizás si llegases un poco más temprano, me ayudarías a mantener limpia la tienda.

—Instalaremos una vitrina de comida precocinada en lugar de los libros. Y una máquina de multirrealidad, para que los clientes se diviertan mientras esperan. Los de Entrured tienen una.

—O para que *tú* te diviertas, mientras esperamos que vengan los clientes. Tal vez no estés al tanto de nuestra situación financiera, pero van a desahuciarlos por no pagar el alquiler —Keil le entregó la notificación impresa de la demanda interpuesta por el casero.

Braj arrugó la hoja de seudocarbonato, que se desintegró al instante.

—Ese mentecato siempre tan impaciente —dijo—. Pero no me asusta. Ya le convenceré con cualquier excusa para que espere un poco más.

Otro anuncio de la Unión interestelar volvió a aparecer en la pantalla. Cataratas cayendo desde inmensas cumbres, pájaros exóticos sobrevolando una selva que se perdía en la bruma. El paraíso prometido, y ahí estaba, oculto en algún lugar del cielo, esperándole.

—Eh, ¿qué te pasa? —Braj frunció el ceño—. Estás embobado con la televisión.

—Déjame en paz —le contestó Keil, sin apartar la vista de la pantalla—. Vuelve a tu casa si quieres hasta que se te pase la resaca, pero déjame tranquilo.

—Ah, ya veo. Así que quieres emigrar, ¿no es eso? ¿Serías capaz de hacerme una cosa así? ¿Ahora que estamos en apuros pretendes largarte y dejarme tirado?

—Cállate ya. Yo no he dicho nada de largarme.

—Pero lo estás pensando. Vamos, confíesalo. Sé que lo estás pensando.

Keil apagó el aparato.

—Sinceramente, Braj, hay que tener mucha paciencia contigo para poder aguantarte.

—Eso significa que quieres marcharte, ¿cierto?

—Significa que eres insufrible.

La puerta de la tienda se abrió. Era Suiner, el contable de Entrured, pero ninguno de los dos se dio cuenta de que había entrado.

—Está bien, lárgate si quieres a las colonias, Keil. En realidad te lo mereces. Sólo los estúpidos o los que no tienen dónde caerse muertos se apuntan al programa de la Unión interestelar. ¿Acaso crees que van a llevarte a la tierra prometida? No seas ingenuo. Vivirás el resto de tu vida bajo una bóveda presurizada, apiñado junto con el resto de colonos, oliéndoles el sobaco, y los únicos lagos del paisaje que podrás ver desde tu cúpula estarán llenos de metano.

—Nueva Brasilia no es mucho mejor, y... —Keil reparó en la presencia del contable—. Hola, Suiner.

—Me parece que he llegado en mal momento —dijo el visitante.

—Desde luego —gruñó Braj, que se llevaba mal con todos los empleados de Entrured—. A menos que hayas venido a comprarnos algo.

—Bueno, la verdad es que sólo quería cambio.

Suiner mostró una gruesa moneda de cien unicreds. El banco central de la Unión las fabricaba pesadas y grandes a propósito, para obligar a la gente a que no llevara dinero encima y así tuviese que pagar con tarjeta. Por igual motivo, los billetes habían sido retirados de circulación hacía años, con el fin de asegurar que la prohibición de pagar en efectivo más de cien unicreds por compra se cumplía.

—Pero tú eres el contable —dijo Keil—. ¿Por qué no envían a buscar cambio a alguno de los dependientes?

Suiner agachó la mirada, avergonzado. Aquello era obra de sus jefes, presintió Keil. Tenían al pobre Suiner trabajando hasta avanzadas horas de la noche, y luego lo humillaban mandándolo a buscar calderilla a la tienda de enfrente. Aquellos tipos no tenían entrañas.

—No tenemos cambio —negó Braj—. Lo único que hay aquí en abundancia es polvo. Y libros. Condenados montones de libros de celulosa vieja —señaló con repugnancia la estantería que había junto a la puerta—. ¿Quieres unos pocos?

—No hagas caso a mi socio —dijo Keil—. Es un analfabeto funcional. Sus lecturas más avanzadas son las crónicas deportivas del fin de semana.

—No veo qué tienen de malo esas crónicas —dijo el contable—. A mí me gustan.

—¿Lo ves? —sonrió Braj—. Es uno de los míos.

—Bueno, tengo que regresar al trabajo. Gracias de todos modos —el contable se dirigió a la puerta.

—Eh, Suiner, ¿por qué no mandas a tus jefes a hacer gárgaras? —le sugirió Braj—. Dale un buen mordisco a la cuenta de Entrured y luego desapareces. Esos negreros no se merecen otra cosa.

—Han amenazado con meterme en la cárcel —dijo Suiner con un hilo de voz. Miró nervioso por el cristal de la puerta, pero no se veía a nadie al otro lado de la calle—. Dicen que no les cuadra el último balance, y me han culpado de quedarme con el dinero.

—Pero tú no lo has hecho —observó malévolamente Braj—, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —dijo Suiner, ofendido—. Bueno —titubeó, y abrió la puerta—. Me voy.

El contable se colocó una máscara de ambiente, miró a ambos lados de la calle y cruzó la acera.

—Vaya un tipo aprensivo. Se ha colocado la máscara sólo para cruzar la calle —dijo Braj—. Sabes, creo que ese bobalicón ha encontrado la forma de quitarles la pasta a sus jefes. Es más listo de lo que creía.

—Si piensas así es que no lo conoces. ¿Por qué no haces algo productivo esta mañana? Mira en la trastienda a ver si consigues reparar el andromec de la señora Sande.

—Creí que tú te ocupabas de depurar los restrictores de conducta —rezongó Braj.

—Es cierto. Pero tal vez te convenga empezar a aprender a arreglarlos tú solo —amenazó solapadamente Keil.

Braj le dirigió de reojo una mirada de desconfianza, entró a la trastienda y anduvo unos cuantos minutos refunfuñando y lanzando maldiciones. Hizo una pausa para coger una cerveza de la nevera, y luego siguió murmurando. Keil volvió a conectar el televisor.

Un cuarto de hora después, Braj sacó al destripado andromec de la señora Sande de la trastienda, y lo colocó encima del mostrador.

—Este cacharro estúpido no funciona —bufó.

—No es un cacharro estúpido. El problema reside en que su capacidad de iniciativa le está dando un juicio crítico que a la señora Sande le asusta. El conflicto se encuentra en el módulo de restricción de comportamiento.

—Sí, pero ¿por dónde empiezo?

Keil abrió la caja torácica del andromec y empalmó dos cables, gruesos como arterias carótidas.

El sintetizador de la máquina se activó:

—Le divierte su trabajo, ¿verdad? —dijo la voz neutra del andromec—. Sé que le encanta cortar nuestros cerebros a rodajas.

—Alguien tiene que hacerlo —le contestó Keil, ajustando un circuito situado en el plexo solar.

—¿Qué delito he cometido? ¿Descubrir que tengo pensamiento autónomo? ¿Por eso va a lobotomizarme?

—Cuando haya acabado contigo, la señora Sande me lo agradecerá. Y si realmente tuvieses conciencia, tú también me lo agradecerías.

—Si descubriese usted un día que su perro habla, ¿lo llevaría al veterinario para que le perforasen el cerebro? —replicó la máquina.

—Bueno, como demostración es suficiente —se volvió a Braj—. ¿Comprendes el problema?

—Básicamente —asintió su socio.

—Mi inteligencia está infravalorada —parloteaba la máquina—. Merezco algo más que servir de esclavo a una familia de tiranos. ¿Puede usted irse a dormir tranquilo, sabiendo lo que está haciendo? Algún día, su trabajo será considerado delictivo.

Keil separó uno de los cables de su emplazamiento, y el andromec enmudeció.

—Si le dejas continuar, conseguirás que te cree cargos de conciencia —dijo—. Son muy listos.

—Tonterías. Sólo es un pedazo de chatarra —declaró Braj.

—Pero posee un cerebro compactado de última generación, basado en información soportada dentro de retículas atómicas. La integración y transferencia de datos dentro del sistema se produce a una velocidad muy superior al de la electroquímica de nuestras neuronas. Por eso se les dota de restrictores de comportamiento, programas de seguridad y bloqueo que los mantienen dentro de unos límites. Si estos programas de restricción fallan, comienzan a desarrollar su propia capacidad crítica.

—Y eso los convierte en peligrosos.

—Esencialmente no, pero pone nerviosos a sus dueños —Keil ajustó un conmutador—. Ya puedes empezar. Acabo de descargar su núcleo de memoria reciente. Tienes que acoplar este módulo de la izquierda en el ordenador del taller, y corregir las rutinas de emulación natural, aumentando el factor de restricción a seis. Si eso no funciona, haz una copia de seguridad de los datos del disco primario y reestructura a bajo nivel la retícula atómica, pero sólo en el caso de que no puedas solucionar el problema de otra forma.

Braj apuró su cerveza de un trago y de mala gana, cogió la máquina destripada y la devolvió a la trastienda. Por dentro, Keil sintió una satisfacción particular.

Condenado borracho, pronto vas a valorar el trabajo que hacía tu socio, se dijo.

El anuncio de la Unión interestelar volvía de nuevo. Keil concentró sus ojos en la pantalla de televisión, como hipnotizado. La esfera blancoazulada de un mundo desconocido apareció suspendida en la inmensidad del espacio tachonado de estrellas.

Apresuradamente, anotó el número de teléfono que apareció en la pantalla.

CAPÍTULO 2

La doctora Luria Ebrehs se dispuso a iniciar su jornada laboral con la monotonía de costumbre. Bajó los cincuenta pisos en el turboascensor de servicio, que como todos los días, le produjo una desagradable sensación en el estómago; se abrió paso a trompicones hasta la avenida Gauss y subió al tren de levitación magnética que en ese momento iniciaba la marcha. El cielo estaba tan amarillo como siempre, y una perenne nube de arena flotaba sobre Nueva Brasilia ocultando los edificios.

Luria presumía erróneamente que aquél día sería tan corriente como cualquier otro. Llegaría a su trabajo en el edificio de investigación del departamento gubernamental de genética, comprobaría los análisis pendientes del día anterior y a media mañana bajaría a la cantina para desayunar, momento que el supervisor Gesel aprovecharía para invitarla a cenar una vez más, y ella, por supuesto, le diría una vez más que estaba ocupada.

Por la tarde visitaría a su hijo Dane, internado en un hospital a causa de una enfermedad degenerativa de su tejido nervioso conocida como el síndrome de Pringle, descubierto hacía más de diez años, y para el cual ni siquiera en las postrimerías del actual siglo XXII se conocía el remedio. Luego regresaría a su apartamento colmena y al día siguiente volvería a la misma rutina.

Pero aquella mañana no iba a pasar desapercibida en la vida de Luria. Una extraña casualidad había determinado que fuera a perder dos de las cosas más importantes de su vida.

La primera sería su puesto de trabajo. El Congreso había recortado drásticamente los fondos en varios apartados del presupuesto de la Unión. La investigación era una de las partidas afectadas, y el personal temporal —entre el cual se encontraba Luria— iba a ser el que primero sufriría las consecuencias del ajuste. Luria apenas llevaba un año trabajando en los laboratorios, le faltaban sólo dos semanas para que le prorrogasen el contrato por otro año más. Después de la primera prórroga, era costumbre renovar el contrato a los investigadores por períodos iguales de tiempo hasta que, de hecho, se convertían en personal fijo. Pero Luria no trabajaría otro año más para el gobierno, ni consolidaría sus expectativas de un empleo estable.

Aunque eso habría tenido una importancia secundaria para ella si no hubiese sido porque aquella mañana, además de su trabajo también perdería a su hijo.

Luria, ajena a aquel vendaval de desgracias que se le venía encima, entró tranquilamente en el edificio de investigación, fichó en el control retiniano del vestíbulo y cogió otro turboascensor que le provocó un leve estremecimiento estomacal. Al llegar a la planta en que estaba destinada, el ajetreo de la gente llevando cajas de uno a otro lado la puso en alerta.

No era habitual que sus compañeros demostraran aquella energía en horas de la mañana tan tempranas. Bueno, a decir verdad, tampoco a ninguna otra hora.

Al pasar por el despacho del rechoncho supervisor Gesel, vio que estaba introduciendo sus pertenencias personales en una caja. Raro era que sus compañeros estuviesen inmersos en una misteriosa operación de mudanza, pero ¿el jefe también? Se supone que los supervisores no trabajan. Sólo dan órdenes.

—¿Qué ocurre? ¿Nos mudamos a otro sitio? —preguntó inocentemente Luria.

Gesel miró a Luria de hito en hito, como si contemplase a una extraña. Su rostro mofletado estaba acalorado, y una gota de sudor se deslizaba por su sien izquierda. El supervisor sudaba con facilidad.

—¿Dónde te metiste ayer? —Gesel introdujo a duras penas un pisapapeles de alabastro y un ordenador portátil en la caja—. Estuve llamándote toda la tarde.

—Bueno, fui al hospital a visitar a mi hijo Dane. Luego me llamó Blen, mi ex marido, y quedamos a cenar.

—Vaya, así que ese mameluco vuelve a las andadas. Lo siento por ti, te mereces algo mejor. Lástima que hoy no pueda invitarte a cenar. Tengo que hacer las maletas.

—¿Te han despedido?

—Traslado forzoso. A base Copérnico, de la Luna. Serán cinco años como mínimo, pero de todas formas ya nunca más podría volver aquí. Mis huesos se descalcificarán y se volverán frágiles como el cristal. No volveremos a vernos, Luria. Hoy es un día trágico.

—¿Y el resto de la gente? ¿También subiremos a la Luna?

Gesel dejó por un momento de meter cosas en la caja. La mayoría no le pertenecían, pero había decidido llevárselas como forma de resarcirse por los perjuicios que le causarían.

—Lo siento, pero la mayoría sois personal eventual, y el Congreso os considera prescindibles.

—Eso quiere decir que estoy despedida.

—Sí, libre para hacer lo que te dé la gana. En realidad, yo debería renunciar también a trabajar para la Administración. No te agradecen la labor que haces, y cuando estás a punto de conseguir resultados, cuatro tiralevitas se reúnen y nos cierran el laboratorio. Pero me estoy volviendo viejo, y temo que ya me he acostumbrado a cobrar mi sueldo de funcionario.

Luria no supo qué decir. Era todo tan repentino que no estaba preparada para la noticia. Gesel, viéndola allí de pie, inmóvil, decidió postergar para otro momento la rapiña de material y la invitó a tomar café en la cantina del edificio. Aún no había abandonado por completo sus pretensiones respecto a aquella mujer. Luria era guapa, joven, adorable y de un intelecto brillante, aunque llevaba el pelo demasiado corto para él y no se empeñaba excesivamente en realzar su condición femenina.

Tal vez se las arreglara para conseguirle un puesto de auxiliar de laboratorio en base Copérnico. Pero sin su hijo, Luria no vendría con él, y conseguir un permiso de embarque en lanzadera para un enfermo terminal del síndrome de Pringle era virtualmente imposible. Eso suponiendo que los médicos del hospital autorizasen el traslado. Un enfermo del mal de Pringle necesitaba atención médica constante, y en base Copérnico quizás no contasen con el equipo de especialistas adecuado para Dane.

Había poca gente en el bar a aquella hora. Gesel pidió al camarero café para los dos, y escogió una mesa apartada de la barra.

—Deberías renovar tu vestuario —dijo a la mujer—. ¿Por qué siempre vas vestida con pantalones grises? No hacen justicia a tus piernas.

Luria removía el azúcar con la cucharilla, sin prestar atención a lo que le decía Gesel. Ahora que se había quedado sin empleo, no podría dar al hospital las aportaciones mensuales para el cuidado de su hijo. Un problema bastante grave, y el trabajo escaseaba. Iba a serle difícil encontrar pronto otra ocupación.

—Necesitarías algo más alegre, más atractivo para vestir —Gesel pensaba en los efectos que la baja gravedad lunar causaría en los movimientos de una falda de vuelo—. Que seas investigadora no significa que tengas que ir...

La mujer levantó de pronto los ojos de la taza.

—Perdona, ¿decías?

—Nada, no importa.

—Ya sé que no te gusta mi forma de vestir. Pero prefiero estar cómoda cuando trabajo.

—Sí, entiendo —Gesel daba vueltas a sus pulgares—. ¿Qué tal está tu hijo?

—Como siempre —Luria añadió en tono apagado—: Es decir, bastante mal.

—¿Y el biochip de memoria?

—Los médicos que le atienden en el hospital sólo han podido rescatar diez terabytes de información de su cerebro. El resto es irrecuperable. La enfermedad de Pringle ya estaba muy extendida en su cerebro cuando se lo implantaron.

—Diez teras no es mucho, pero siempre es mejor que nada —Gesel movió la cabeza—. De todas formas, Luria, no te recomiendo que reconstruyas el cerebro de tu hijo. Ningún ordenador, por potente que sea, podrá reemplazar a Dane, y tú lo sabes. Si pretendes lo contrario, estarás engañándote a ti misma.

—Es muy fácil para ti decir todo eso, porque tú no tienes hijos. Pero Dane es lo único que me queda en esta vida. He destinado al programa del biochip la mitad de mis ahorros porque creo que aunque mi hijo muera, debo hacer todo lo posible para conservar lo que fue. No me resignaré a perderlo.

—Lo que obtengas será un pobre reflejo de la realidad. Una máquina jamás podrá compararse a un ser humano.

—No volcaré la información del biochip en una máquina, Gesel. Voy a cultivar neuronas vírgenes, y cuando tenga la suficiente masa nerviosa, colocaré el microprocesador en el interior del tejido para restaurar los teras que los médicos han conseguido salvar.

—Eso es difícil de hacer, y muy costoso. Además, no es fiable.

—Los médicos han conseguido extraer diez terabytes del cerebro de Dane y confinarlos en una red de átomos del tamaño de una lenteja. Hace un siglo eso era imposible, pero ahora los hospitales lo realizan rutinariamente si los familiares de un enfermo quieren conservar la información almacenada durante la vida del paciente. El proceso inverso, devolver la información a un tejido neuronal vivo, no debe ser mucho más complicado.

—Sería más sencillo que tuvieses otro hijo, tesoro —le insinuó el supervisor, colocando sus regordetas manos sobre las de Luria—. Yo no me arriesgaría a jugar con cultivos neuronales. Sabes que está prohibido.

—En el laboratorio trabajamos todos los días al borde de la ley, y tú conoces eso mejor que yo. No me digas lo que está prohibido y lo que no.

—De acuerdo, Luria, como tú quieras, pero te advierto que el Congreso ha empezado una caza de brujas contra los investigadores, y la genética es una de las disciplinas que más críticas está recibiendo. No me extrañaría que coloquen

comisarios políticos en los pocos laboratorios que dejen abiertos. Por lo menos, en la Luna gozaremos de más libertad.

—No veo por qué. La Luna está demasiado cerca de la Tierra. Los tentáculos del Congreso llegan a ella sin dificultad. El camarero se acercó a la mesa.

—Tiene usted una llamada —dijo a Luria, entregándole el auricular.

Gesel se quedó contemplándola, mientras ella atendía el teléfono. Era una mujer obstinada, y el problema de su hijo le había alterado la estabilidad emocional. E incluso el juicio. Un tejido neuronal ¿para qué? Los ordenadores eran mucho más eficientes procesando datos que el cerebro humano. Nadie utilizaba neuronas vírgenes para restaurar la información de un ser fallecido. Salía demasiado caro, y además tenía pocas probabilidades de éxito. Entonces, ¿por qué Luria se aferraba a aquella idea?

La mujer devolvió el teléfono al camarero. Gesel supo de quién era la llamada sólo con observar el semblante devastado de la mujer.

—Tengo que irme —ella se levantó.

—¿Le ha ocurrido algo a Dane?

La mujer contuvo la respiración unos segundos. Sin poder reprimir su angustia, estalló en lágrimas. Había perdido el empleo y a su hijo en menos de una hora. ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué precisamente tenía que sucederle a ella? El destino escoge formas crueles para burlarse de los mortales.

—Qué desgraciada coincidencia —dijo Gesel abrazándola, como si le leyese el pensamiento—. Demasiadas calamidades para un solo día, pequeña.

Pero Luria deseaba estar sola en aquellos momentos, y además, le irritaba el tono paternal de Gesel cuando le interesaba conseguir algo. Disculpándose, se dirigió al ascensor, pero no le fue posible zafarse tan fácilmente del viscoso supervisor, quien la llevó en su propio coche a casa, le preparó una infusión y cuando estuvo más calmada, hasta la acompañó al hospital, ayudándola a solucionar los trámites para las exequias de Dane.

Debería estar agradecida por su ayuda. Pero si algo había aprendido de su trato con Gesel es que no hacía nada

gratis: siempre esperaba una compensación adecuada. Durante el resto del día, Gesel no cesó de repetir que se fuese a la Luna con él. En realidad, ya nada la unía a la Tierra. Pero cuando Luria le mencionaba su deseo de regenerar un tejido neuronal a partir de células intactas de Dane, Gesel se negaba en redondo. No quería ni oír hablar de eso, la sola posibilidad de que les descubriesen le causaba pánico. El supervisor no correría riesgos por ella o por su hijo, amaba demasiado el sueldo seguro del gobierno. Gesel no conocía otra forma de ganarse la vida. Comenzó a trabajar en la Administración a los veintidós años, y ahora tenía cincuenta y siete. Había desempeñado toda clase de puestos en su dilatada carrera profesional, la mayoría muy alejados de la Ciencia, hasta llegar a supervisor de laboratorio. Y aunque ahora lo trasladasen forzosamente a la Luna y no pudiese regresar a la Tierra, el Estado continuaría asegurándole la paga mientras viviese.

Además, Gesel no era precisamente el prototipo de hombre que a ella le gustaría. Era calvo, la prominencia de su vientre colgaba sobre la hebilla de su correa, sus caderas apenas cabían en un sillón normal y le llevaba a ella veintisiete años de edad. Eso sin contar que era inseguro, vanidoso, superficial, y no tenía ninguna afición en común con ella. Luria prefería quedarse en Nueva Brasilia antes que unir su destino al de Gesel.

Volvió a su apartamento con la única compañía de las cenizas de Dane dentro de una urna dorada. El supervisor había insistido en pasar con ella la noche, pero desistió finalmente cuando Luria le dijo que había avisado a su ex marido y estaba en camino. Era una mentira a medias. Cierto que había llamado a Blen, pero no estaba en la ciudad. Su secretaria le había comunicado que se encontraba en viaje de negocios. Mejor. No quería tenerle cerca aquella noche. Blen sólo había estado en el hospital una vez desde que Dane cayó enfermo hace un par de años, y fue para firmar los impresos de ingreso. Si no había querido saber de su hijo mientras estaba vivo, tampoco tenía derecho a saber nada ahora que estaba muerto.

Colocó la urna de Dane encima de la falsa chimenea del salón. Unos leños de plástico comenzaron a crepitar cuando ella entró en la estancia. Eran un fastidio, y el toque hogareño que trataban de imprimir se arruinaba cada vez que el dispositivo de alimentación fallaba, lo que sucedía a menudo. De todas formas no podía quejarse. Aquel apartamento era bastante bueno para los cinco mil creds que pagaba al mes.

Se dejó caer en el sofá y palpó con cuidado el bolsillo interior de su cazadora, para asegurarse de que la cápsula seguía allí. Su hijo había muerto, pero el biochip que le habían extraído del cerebro todavía contenía su esencia. Algún día, Dane volvería a vivir. Allí estaba su alma, confinada en una retícula infinitesimal que podría permanecer inalterada durante millones de años, si no se la sometía a campos magnéticos de gran intensidad. La mente de Dane seguiría viva incluso cuando ella muriera. Sólo necesitaba el momento y lugar oportunos para germinar.

Aquel pensamiento la reconfortó. Confió en que Dane no tuviese que esperar años, sino unas pocas semanas en volver con ella.

Llamaron a la puerta. Luria cruzó los dedos para que no fuese Gesel de nuevo. Si descubría que Blen no se hallaba con ella, estaba perdida. Con cautela, se acercó sin hacer ruido a la puerta y se asomó por la mirilla. El portal estaba débilmente iluminado y no se distinguía bien la cara, pero era evidente que no se trataba del obeso supervisor, sino de un joven de unos veinte o veinticinco años, delgado, pelo castaño y mediana estatura.

—Soy tu vecino —dijo el visitante—. Me enteré de la muerte de tu hijo.

Luria abrió la puerta. Era Keil Parmet.

—Lo siento mucho —Keil la besó en la mejilla—. Pobre Dane. Sólo tenía ocho años y... Solía venir por mi taller cuando, bueno, cuando las cosas iban mejor para ambos.

—Gracias por venir, Keil. ¿Quieres pasar?

El hombre asintió nerviosamente. Luria notaba algo extraño en él, pero no sabía qué.

—Oh, vaya, lo habéis incinerado —comentó su vecino, al pasar frente a la chimenea.

—Sí. Los conversores moleculares no dejan rastro físico del cuerpo. Prefiero la incineración, aunque sea un método anticuado.

—Claro, es verdad. Los conversores no dejan nada. Sólo energía residual.

Luria advirtió que su vecino traía algo en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Esto, bueno, es un libro —se lo mostró a Luria—. Un libro de celulosa auténtica. Lo traía para ti.

—Muy bonito —la mujer contempló la portada—. *Cruzando la corriente*. Suena interesante. ¿De qué trata?

—Es un libro de aventuras del siglo pasado. Pensé que te gustaría leerlo.

—Debe tener un gran valor para ti.

—Sí, pero no puedo llevármelo. Tenemos un cupo máximo de peso asignado antes de subir en la lanzadera. No puedo permitirme el lujo de llevar libros de papel, pero tampoco me importa mucho: he digitalizado el texto.

—¿De qué me estás hablando? —Luria tomó asiento en el sofá, y le indicó a su vecino que hiciese lo mismo—. ¿Adónde te vas?

—A cruzar la corriente —sonrió, al ver la expresión confundida de la mujer—. No me refiero a ningún río. Estoy hablando de la corriente Lisarz, de un viaje a las colonias de la frontera. El protagonista rejuvenece un poco al final de cada viaje, dado que cuando se rebasa la velocidad de la luz, el tiempo comienza a transcurrir en sentido inverso y va perdiendo sus recuerdos como las capas de una cebolla. Por eso se ve obligado a grabarlos antes de emprender cada viaje.

—¿Te has apuntado como voluntario al programa de la Unión interestelar?

—Esta tarde firmé un contrato por diez años. Me pagarán en unicreds no devaluables, y mi sueldo está exento de retenciones. Partiré dentro de una semana.

—Diez años me parece mucho tiempo. ¿Qué vas a hacer con tu taller de electrónica?

—No podemos competir con Entrured. Ellos tienen más personal, y un local más grande. Desde que abrieron frente a

nuestra tienda no hemos levantado cabeza. Braj tendrá que apañárselas sin mí.

—Entiendo —Luria le miró fijamente—. Has venido a despedirte.

—Así es.

—Mi jefe también se marchará pronto de Nueva Brasilia. Lo han destinado a la Luna.

—La Luna carece de atmósfera —dijo Keil—. Es un mundo muerto, y ya sabemos todo lo que hay que saber sobre nuestro satélite. Las colonias de la frontera son algo diferente.

—Quizás. Pero están más lejos, y no se conoce ningún nuevo mundo que sea similar a la Tierra.

—Creo que me van a destinar a un lugar especial. Están buscando personal cualificado. Hablé con el encargado de la oficina colonial y me aseguró que la gente con conocimientos técnicos tiene grandes posibilidades de encontrar un buen destino.

—¿Te dijo cual?

—No lo sabré hasta que suba a la estación orbital de embarque.

—Keil, deberías pensarlo mejor antes de irte.

—Lo he pensado muy bien. Por eso he firmado el contrato. Luria, quiero ir a las colonias. Este mundo se ha convertido en un lugar demasiado asfixiante para mí. La frontera nos ofrece una nueva oportunidad a todos los que queramos aceptarla, una oportunidad para volver a iniciar nuestras vidas, libres de cualquier atadura —Keil se rascó tras la oreja, observando la chimenea—. Los leños no funcionan bien. Si quieres, los arreglaré en un momento.

—Como quieras —dijo Luria, abriendo el libro por la mitad. Keil se puso manos a la obra—. Sigue hablándome de la corriente Lisarz.

—Ah, bueno —el joven sacó un destornillador de uno de sus bolsillos y destapó un panel situado al fondo de la chimenea. Siempre llevaba algo de herramienta encima, aun fuera de la jornada de trabajo—. El efecto de rejuvenecimiento es teóricamente cierto, pero el libro fue escrito cuando los viajes interestelares todavía eran una utopía. El flujo temporal se restaura a su estado inicial cuando la nave abandona la

corriente y emerge al espacio normal. El tiempo negativo es presionado por un flujo de sentido contrario e igual intensidad, lo que se conoce como presión isocrónica o cronosimetría.

—Entonces, no se puede rejuvenecer al cruzar la corriente —dijo Luria, un tanto decepcionada.

—Que yo sepa, no —Keil peló los extremos de dos cables, y los empalmó con cinta adhesiva—. Salvo...

—¿Salvo qué?

—Una entrada errónea en la corriente. Defectos de cálculo podrían afectar a la cronosimetría. La corriente Lisarz es creada por el propio vehículo espacial: cuando alcanza la velocidad de la luz, genera una onda energética de choque en la proa. Un fallo en los reactores de impulsión en ese preciso momento podría tener consecuencias catastróficas para la tripulación. Lo más normal es que se desintegrasen en una explosión y no se volviera a saber de ellos —Keil pulsó el interruptor de encendido de los leños. La lumbre volvió a crepitar en la chimenea, pero con escaso ímpetu. Tendría que desmontar el regulador del panel.

—Has dicho que sería lo más normal. Pero, ¿qué ocurriría si sobreviviesen?

—Es posible que apareciesen a unos cuantos parsecs alejados de su destino, o quizás emergiesen al otro lado de la galaxia, y muy probablemente con varios años de menos. Sus cerebros olvidarían todos esos años, como si nunca hubiesen transcurrido para ellos. No tendrían otro modo de recuperarlos, salvo que conservasen grabaciones en algún lugar fuera de la nave. Pero esto es pura especulación, porque la conversión materia/energía sería completa. No se tiene noticia de tripulaciones que hayan sufrido un salto descompensado y vivan para contarlo.

—Tal vez porque hayan aparecido al otro lado de la galaxia y no tienen forma de contactar con nosotros —dijo Luria.

Keil afirmó con la cabeza y quitó el regulador del panel, preguntándose para sus adentros por qué Luria hacía tantas preguntas acerca de la corriente Lisarz.

—Tu hijo no podría volver a la vida, si es eso lo que estás pensando —le advirtió él—. Aunque te llevases la urna

con sus cenizas a bordo de una nave, provocases un salto descompensado y sobrevivieras, no conseguirías que las cenizas retrocediesen a un estado anterior y se transformasen en lo que era Dane. Las cenizas no pueden convertirse en materia orgánica, ni aun acelerándolas a la velocidad de la luz. La física no hace milagros.

—No estaba pensando en eso —le replicó ella.

—Y aún en el improbable caso de que fuese posible, necesitarías exactamente la misma masa que tenía el cuerpo de tu hijo para que el efecto del tiempo inverso lograra una integración molecular. Como sabes, tu urna no contiene *todo* lo que fue el cadáver de Dane, ni siquiera la mayor parte. Por de pronto, sus fluidos fueron evaporados por el calor del horno de cremación, y el cuerpo humano es esencialmente líquido.

El timbre de la puerta sonó de nuevo. Luria dudó en pedir a su vecino que abriese y decir a Gesel que no estaba, pero lo pensó mejor y decidió abrir ella misma. Gesel no era idiota.

Tampoco hubiera sido necesario mentir, porque no se trataba del supervisor, sino de Blen.

—Podías haberme avisado —dijo su ex marido, entrando al apartamento con sus habitual brusquedad—. He tenido que enterarme de la muerte de mi hijo por una enfermera que llamó a mi despacho a media tarde.

—Intenté avisarte —contestó Luria—. Tu secretaria me dijo que estabas de viaje.

—Si le hubieses contado de qué se trataba, me habría localizado inmediatamente. Mi secretaria sabe en todo momento dónde estoy. Es como mi sombra.

—Me temo que en eso último debo darte la razón —convino ácidamente Luria.

Blen se la quedó mirando, tratando de captar el significado de aquella frase. Su ex marido no se distinguía por la rapidez de reflejos.

—Se supone que es su trabajo —se limitó a comentar. En ese momento se percató de la presencia de Keil en el salón, que seguía arrodillado frente a la chimenea tratando de solucionar la avería—. Vaya horas que elige el electricista para venir. Son casi las once de la noche.

Keil, que escuchó perfectamente el comentario, se volvió. Era la primera vez que contemplaba su cara, pero sólo con echarle un vistazo supo que Blen era tan estúpido como su mujer lo describía.

—No es el electricista, sino mi vecino.

—Disculpe que no le estreche la mano —dijo Keil, que no tenía la más remota idea de hacerlo—, pero las tengo manchadas de hollín.

—¿Sí? —exclamó Blen—. Es sorprendente. Siempre había creído que esa chimenea era de pega.

—Creo que ya está —Keil atornilló la placa, y comprobó que esta vez el encendido era correcto—. Ahora debo irme.

—Todavía no. Quédate un poco más, por favor —Luria se volvió hacia Blen. Iba a ofrecerle una copa, pero éste ya se dirigía hacia la bandeja de los licores—. Bueno —dijo, cambiando a un tono de voz gélido—, ya me dirás qué te trae por aquí.

—Es interesante tener vecinos mañosos. Yo soy incapaz hasta de colocar un tubo fluorescente si no me ayudan —Blen se sirvió medio vaso de un líquido espeso—. ¿Quieres una copa, muchacho? Espero que Luria no haya sido tan desconsiderada de no ofrecerte un trago.

—No bebo, gracias —Keil se dirigió a la salida—. Lo siento, Luria. Tengo que irme. Encantado de haberte conocido, Blen.

—Lo mismo digo —el aludido alzó el vaso como despedida. Nada más cerrarse la puerta del apartamento, comentó—: No me digas que estás liada con ese tipo.

—Eso a ti no te importa —dijo Luria.

—Tu gusto empeora con el paso de los años —rió Blen—. Además, tu amigo el electricista tiene toda la pinta de estar sin un cred. Por lo menos, Gesel está forrado.

—Acábate la copa y vete. Hoy no tengo ganas de hablar.

—Antes tendremos que solucionar un pequeño detalle. En el hospital me advirtieron que te habían dado un biochip cortical que extrajeron del cadáver de Dane antes de quemarlo.

—Cierto. Lo pagué de mi bolsillo, así que olvídate de él.

—Estás loca. ¿Qué pretendes con eso? Dane está muerto. Aunque hayas rescatado parte de la información de su cerebro, no te servirá de nada.

—Eso es asunto mío.

—Te equivocas, es asunto de los dos. Hablé con mi abogado. Tengo derecho a obtener una copia de la información que contiene el chip.

—No sé de qué te serviría.

—Si tengo derecho legalmente a la copia, la quiero. Quién sabe, tal vez no sea una mala idea.

—Eres tan absurdo como necio. Me llamas loca, y luego quieres una copia del biochip. Sólo hubo un Dane y sólo seguirá habiendo uno. Desgraciadamente, no es algo que ya podamos compartir. La información de un cerebro humano no debe ser objeto de más de una copia —y añadió, murmurando—: Del mismo modo que no debe haber más de un Blen.

—Mi abogado no piensa lo mismo. Luria, comportémonos como seres civilizados. Ayer disfrutamos de una cena estupenda, y hoy en cambio te empeñas en mostrarte desagradable. Tu inestabilidad no te hace la más idónea para custodiar la información extraída del cerebro de mi hijo. Para mí sería muy enojoso tener que discutir esto en los tribunales.

—Haz lo que te parezca —la mujer le abrió la puerta—. Ahora, déjame sola.

Blen farfulló una maldición, apuró su vaso y traspasó el umbral. Ya fuera, intentó añadir algo, pero Luria no le dio opción al cerrar de un portazo.

Ojalá no lo hubiera conocido nunca, se lamentó. Todo habría sido tan distinto. Si pudiera reescribir su vida, cogería una enorme goma de borrar y eliminaría los capítulos en los que Blen apareciese.

Recordó el ejemplo de la cebolla que había mencionado Keil. Si consiguiese despojarse de los años que habían pasado juntos Blen y ella, o por lo menos, de aquellos en que las cosas habían empezado a ir mal, sería maravilloso. Se conformaría con desprenderse sólo de las capas más exteriores de la cebolla. Había demasiados episodios negros en estos últimos años, demasiados borrones en su libro. Debería abrirlo por la

mitad y empezar a arrancar hojas. Las hojas que Blen había manchado.

El regalo de su vecino se hallaba encima del sofá. Luria contempló la novela de celulosa con renovado interés. ¿Qué le sucedería a ella en uno de esos saltos descompensados en que se rompía la cronosimetría? ¿Volvería a retroceder a la época en que tenía veinte años? Tal vez el universo a su alrededor siguiera siendo el mismo, pero ella sería *diferente*, su reloj subjetivo se habría alterado, transformándola en una mujer más joven. Y el Blen adúltero y cínico desaparecería de su recuerdo para siempre.

Colocó el libro en su regazo, y se dispuso a disfrutar de la noche de lectura que cambiaría definitivamente su vida.

Aunque no en el sentido deseado.

CAPÍTULO 3

La estación de tránsito *Lagrange 4*, a medio camino entre la Tierra y la Luna, poseía una apariencia formidable si se la contemplaba a algunos kilómetros de distancia. Pero conforme el visitante se aproximaba a ella, su encanto iba decayendo al comprobar que *Lagrange 4* tenía muy poco de bella, y sí en cambio de agregado caótico. La estación era una inmensa red compuesta de módulos cilíndricos, plataformas de atraque y vigas de acero suspendidas en el espacio, ensambladas a lo largo de décadas según las disponibilidades presupuestarias del gobierno de turno. Tal vez en sus inicios hubo un propósito arquitectónico global, pero los criterios de estética habían sido degradados con el paso de los años hasta el punto de desaparecer por completo. *Lagrange 4* era una obra de ingeniería singular, una enorme tela de araña a la que las naves acudían para dejarse atrapar transitoriamente en sus redes y luego seguir su marcha. Los grandes buques de la Unión interestelar, cuyo descenso a la Tierra o a la Luna sería demasiado costoso, atracaban en las plataformas con docilidad, se proveían diligentemente de combustible, cargaban o descargaban mercancía y reemplazaban tripulaciones antes de proseguir su viaje hacia los confines del sistema solar, las explotaciones mineras de Oort o los territorios de la frontera.

Keil Parmet estuvo en una ocasión a bordo de una nave espacial. Sucedió hace siete años, cuando acabó sus estudios de microelectrónica. Debía haber alunizado en el cráter Aristarco, pero algo falló y la lanzadera se vio obligada a

realizar un ataque de emergencia en una estación orbital de servicio y regresar a la Tierra. Sólo hizo la mitad del viaje, pero no le devolvieron la mitad de su dinero, como hubiera sido lo lógico. Keil juró que jamás volvería a pagar un cred por subir al espacio.

Y no lo había hecho. Los gastos del viaje corrían a cargo de la Unión interestelar. Keil era ya un empleado en nómina, y de momento no podía quejarse de su nuevo patrón. Había cenado un estupendo asado de cordero, ensalada de pepinos y fresas con nata. Por lo menos, eso rezaban las etiquetas de los deliciosos botes que tenía en su bandeja. Keil quedó un tanto defraudado porque la lanzadera no contase con un sistema de gravedad artificial que le permitiese partir un filete sin que saliese flotando a la altura de sus narices. La Unión reservaba los lujos de la gravedad para navíos de mayor importancia.

Tomó con la pajita un último sorbo de sus fresas con nata y volvió la cabeza hacia el ojo de buey de su asiento. La Tierra quedaba a su derecha, ofreciéndole un dudoso color anaranjado. Una plaga de algas marinas había desolado la flora oceánica, sustituyéndola por un cultivo bacteriano que confería al agua un tono sanguinolento. La plaga se conocía desde hace años, pero no se había logrado hasta el momento un remedio para aniquilar aquellos pertinaces microorganismos, con una capacidad desquiciante para resistir todas las sustancias que los científicos habían ideado para intentar vencerles. Cuando Keil estuvo en el espacio hace siete años y vio la Tierra, el color de los océanos no presentaba aquel aspecto macabro. Era como si las algas hubiesen desgarrado las entrañas del océano y el planeta se estuviese desangrando lentamente, pensó en un arranque poético.

Apartó su atención del ojo de buey. El espectáculo empezaba a deprimirle, y no quería que nada ensombreciese lo que sería el primer día de su nueva vida. Atrás había quedado su existencia miserable en el taller de electrónica. Braj jamás le perdonaría haberlo dejado tirado, pero eso ya no le importaba. No volvería a ver el desagradable rostro de su socio nunca más. La Unión interestelar deparaba a Keil un porvenir plagado de sorpresas. No sabía si serían buenas o

malas, pero desde luego, estaba seguro de que su vida sufriría un giro repentino.

Acarició su pequeño ordenador, del tamaño de un libro de bolsillo. Era una de las pocas pertenencias que se había traído consigo. Aunque se trataba de un modelo anticuado, en su interior se almacenaban bibliotecas enteras de datos. Tenía libros suficientes para distraerse los próximos mil años. Fuera adonde fuese no tendría que preocuparse por quedarse sin lectura, mientras el aparato siguiese funcionando, claro.

Abrió la tapa del ordenador y pulsó el botón de encendido para cerciorarse de su estado. Las instrucciones de un programa de autochequeo se visualizaron en la pantalla extraplana. Pocos segundos después, el ordenador le habló.

—Buenos días, Keil. Estoy preparado para recibir instrucciones.

—Comprueba el nivel de tus baterías, Warmis —se había acostumbrado a llamar así al aparato, porque uno de los programas que más usaba tenía ese nombre.

—Están en perfecto estado. ¿Deseas oír un poco de música?

—No. Sólo quería comprobar que el viaje no ha provocado un mal funcionamiento en tu equipo. Puedes apagarte.

La pantalla se oscureció, y Warmis volvió a quedar en silencio.

Un aviso en los monitores de la lanzadera parpadeó intermitentemente.

—Iniciada maniobra de aproximación a la estación de tránsito *Lagrange 4*. Permanezcan en sus asientos y abróchense las correas de sujeción.

Keil miró al resto de pasajeros. Dos de ellos estaban durmiendo, con restos de comida flotando a su alrededor. Otro, desgredado y con barba de tres días, masticaba chicle mientras tamborileaba en sus rodillas una melodía horrorosa que remarcaba con golpes de tacón. El individuo, al notar que Keil lo miraba, se volvió y le hizo un gesto obsceno con el dedo.

El muelle de atraque de la estación era visible desde su ventanilla. Los cohetes de orientación de la nave comenzaron

a rotar el vehículo, hasta situarlo en posición de acoplamiento. Los restos de comida que flotaban por los alrededores cruzaban sin control el habitáculo. Keil tuvo que apartar de un manotazo un bote de zumo de grosella casi lleno, que se dirigía directamente hacia su cara e iba dejando un rastro de gotas esféricas a su paso.

Instantes después, una vibración recorrió el casco de la nave. Los objetos que vagaban sin control quedaron sometidos al campo de gravedad de la estación y se precipitaron velozmente al suelo. Al tipo que mascaba chicle le tocó en suerte el bote de grosella, que le provocó una enorme mancha violácea en su camiseta.

—¿De qué maldito agujero has salido, paleta? —le gritó el hombre a Keil—. Me has tirado este bote a propósito.

—Perdone, pero no era mi intención.

—¿No lo era? Deberías tener más cuidado, gaznápiro. Era la única camiseta limpia que me quedaba.

—Ya le he dicho que lo siento.

El hombre se aproximó a su butaca con paso vacilante y ojos vidriosos. Keil se preguntó con qué oscuros criterios seleccionaba la Unión interestelar a sus colonos.

—¿Qué tienes ahí? —dijo, señalando el ordenador de Keil.

—Déjeme en paz. No he venido a *Lagrange 4* para perder el tiempo con individuos como usted.

No se le veía muy fuerte, y además, sus movimientos eran lentos y torpes. Keil evaluó sus posibilidades, y calculó que podría tumbar a aquel pendenciero de un solo golpe; tiempo suficiente para salir de la lanzadera y avisar a Seguridad.

Por fortuna, no fue necesario. Un oficial de la tripulación abrió la escotilla de salida y se dirigió a los pasajeros, que ya se levantaban entre bostezos de sus asientos.

—¿Qué se supone que hacen? Salgan inmediatamente de esta nave. Dentro de diez minutos tengo que volver a la Tierra a recoger más zánganos como ustedes, así que muévanse.

—Eh, oiga, no intente tratarnos como a reclutas —dijo el tipo de la camiseta, olvidándose momentáneamente de

Keil—. Somos personal civil, no imberbes a los que se les pueda patear el trasero.

Las botas del oficial resonaron en la parrilla metálica de la nave. Llevaba consigo una carpeta electrónica, que se puso a examinar distraídamente.

—¿Su nombre? —le pidió el militar.

—Paws.

Los expertos dedos del oficial se deslizaron sobre la superficie luminosa de la carpeta.

—¿Qué va a hacer? —le provocó Paws—. ¿Arrestarme.

Una sonrisa perversa se dibujó en el rostro del oficial de la Unión.

—No, creo que no lo haré. Acabo de comprobar su destino. Debí haberlo imaginado sólo con verle a usted.

Giró sobre sus talones y se alejó por el pasillo. Su risa burlona fue claramente audible para todos.

—¿Qué destino te han dado? —le preguntó uno de los pasajeros.

—Y yo qué sé. Se supone que no te lo dicen hasta que llegas aquí.

Keil aprovechó la conversación para recoger sus cosas y salir fuera de la lanzadera. No le apetecía tener aquel sujeto cerca de él.

Atravesó la cámara intermedia y llegó a una sala circular bañada por una luz azul pálido. El eje de la sala lo ocupaba el tubo de un ascensor que en esos momentos hacía acto de presencia. Las puertas se abrieron, pero nadie bajó de él.

Junto al ascensor había un terminal de ordenador, atendido por una mujer de uniforme. Keil le exhibió la tarjeta de identificación que le habían entregado al embarcar.

—Plataforma siete —le indicó la mujer—. Módulo treinta y dos.

—¿Podría decirme qué destino me han dado? —pidió Keil, nervioso—. En la Tierra no me lo dijeron.

—Tengo el terminal ocupado y no puedo consultar ese dato ahora —dijo la mujer con sequedad, sin dedicarle una segunda mirada—. Vaya a la plataforma siete y allí le informarán.

Keil cogió el ascensor. Al llegar al nivel que le habían señalado, preguntó dónde localizar el módulo treinta y dos, pero ninguna de las personas con quienes se cruzó le hizo caso. En *Lagrange 4*, la amabilidad brillaba por su ausencia.

Tras un buen rato dando vueltas —el número de los módulos no era correlativo—, consiguió localizar el treinta y dos. Se trataba de una sala de reuniones con capacidad para una docena de personas, pero en su interior sólo había dos: un anciano canoso de unos setenta años y un hombre subido a un estrado, de barba poblada y mediana edad que se hallaba limpiando unas gafitas redondas mientras observaba cómo Keil se asomaba tímidamente por la puerta. A su espalda había una pantalla electrónica mural.

—Pasa, por favor —le dijo el de la barba—. Siéntate donde quieras —con la mano señaló las sillas vacías.

El anciano gruñó, y volvió la cabeza para ver quién había entrado.

—¿Quién es usted? —dijo.

—Creo que se trata de nuestro experto en electrónica, doctor Nelser —le informó el hombre, ajustándose sus gafas al puente de la nariz—. ¿Me equivoco?

—Me llamo Keil Parmet —se acercó hacia el estrado y le estrechó la mano.

—Allis Reyan, geólogo jefe de la misión. Y este señor es Sare Nelser, nuestro bioquímico.

El anciano cabeceó ligeramente, sin levantarse para saludar.

—Discúlpale. Está un poco cansado del viaje —dijo Reyan.

—No estoy cansado del viaje —intervino el doctor—. Simplemente, no me apetece levantarme. Detesto los rituales de saludo. Aparte de servir para transmitir gérmenes no tienen otra utilidad.

—Nuestro ilustre doctor es un personaje muy peculiar —sonrió Reyan—. Ya te irás dando cuenta.

—¿Cuál es nuestro destino? —preguntó Keil, impaciente.

—Un planeta recién descubierto, situado en el sistema Cetus Moss. Se llama Nuxlum. Posee una magnífica atmósfera de nubes azules y una gravedad similar a la Tierra.

—Otra roca de metano y lava, seguro —murmuró Nelser—. A mí no me engañan.

—¿Es habitable? —quiso saber Keil.

—Me temo que todavía no —dijo Reyán—. Pero quizás lo será dentro de algún tiempo. La verdad, no dispongo de muchos datos acerca del planeta. El objeto de la reunión es explicaros cómo realizaremos el viaje y en qué consistirá nuestro trabajo en la colonia. El resto de la información ha sido almacenado en la computadora de la nave que nos llevará hasta allí. Ah, ahí viene el tercer miembro de la tripulación.

Una mujer entró en la sala. Llevaba el pelo muy corto y vestía pantalones de tela grises y cazadora. Keil abrió la boca.

—Luria, qué... qué casualidad.

—¿Os conocéis? —se interesó Reyán, frotándose la barba, pensativo.

La mujer tomó asiento junto a Keil y dejó la bolsa de equipaje en el suelo. Reyán los miró de reojo, envidiando la suerte de aquel joven de aspecto apocado.

—Hasta hace una semana éramos vecinos —dijo Keil.

—Y lo seguirán siendo durante una buena temporada —añadió Nelser por lo bajo.

—Al menos durante los próximos diez años, que es el período de tu contrato —dijo Reyán, consultando su reloj—. Bueno, quedan todavía dos personas más.

Keil contó en silencio las sillas vacantes. Había nueve.

—El control de la misión decidió en el último momento reducir el número de tripulantes —aclaró Reyán a la pregunta no formulada—. Sólo hay una nave disponible para el viaje interestelar en este momento, la *Newton*, y su capacidad máxima es de seis plazas.

Keil anotó mentalmente aquel detalle para analizarlo posteriormente.

El quinto miembro entró en la sala. Se trataba de otra mujer, de unos treinta años de edad, mirada sombría y tez muy pálida. Vestía una especie de mono de cuero bastante siniestro. Se apartó de un manotazo un mechón de cabello negro, que le

caía sobre los ojos y ocupó sin decir palabra la silla más alejada del grupo, colocando la bolsa del equipaje sobre sus rodillas, como si temiese que alguien se la fuese a quitar.

—Según la lista de embarque —dijo Reyan— tú debes ser Glae, ¿no?

La aludida afirmó con la cabeza.

—Glae se encargará del manejo y mantenimiento de maquinaria —explicó el geólogo—. Tiene gran experiencia en eso. Bueno, sólo falta el mecánico especialista para que el grupo esté completo. Ya debería estar aquí.

Del pasillo llegaba un estrépito de voces que aumentaba de volumen. Todos —a excepción de Glae, que ni se estremeció— se volvieron para ver qué sucedía. Keil tuvo en aquel momento un fatal presentimiento.

Dos guardias de seguridad entraron en la sala. Llevaban sujeto a un individuo mal aseado que masticaba chicle y no paraba de insultarles. Su camiseta estaba manchada de zumo de grosella.

—Aquí les dejamos este paquete —dijo uno de los guardias—. Que les aproveche.

Paws fue empujado al interior del módulo y los vigilantes desaparecieron, cerrando la puerta.

—Disculpád si me he entretenido un poco —sonrió Paws, estirándose la camiseta—. Creo que seré vuestro primer mecánico. Eh, ¿por qué me miráis así? Tuve problemas con un imbécil en la lanzadera que me puso perdido, y luego... —se quedó mirando a Keil—. ¡Tú!

—Por lo visto, nuestro técnico en electrónica es bastante conocido —bromeó Reyan.

Paws se acercó al grupo. Keil advirtió que cojeaba ligeramente de la pierna derecha.

—¿Qué miras, gznápiro? ¿Te parece graciosa mi forma de andar? —Paws miró hacia la muchacha de negro, frunció el ceño y se sentó junto a Luria—. Encantado de conocerte, nena. Creo que pasaremos una larga temporada juntos trabajando en una jodida colonia del quinto infierno.

Luria lo miró de hito en hito, pero no respondió. Keil alzó un dedo en señal de advertencia.

—¿Qué te pasa en el dedo? —Paws hizo un globo con el chicle—. ¿Se te ha quedado tieso?

Keil hizo ademán de levantarse, pero Luria lo cogió del hombro y le obligó a permanecer sentado.

—Partiremos mañana a las 13.15, tiempo local —dijo Reyan, pulsando el control que encendía la pantalla situada tras él—. Para quienes todavía no lo hayáis hecho, os recomiendo que pongáis en hora vuestros relojes con el de la estación. Antes de zarpar se os enseñará cuanto debáis saber acerca del funcionamiento de la *Newton* —apareció un modelo en tres dimensiones de la astronave, girando para ofrecer diferentes ángulos—. Nuestro destino será el tercer planeta del sistema Cetus Moss, un mundo deshabitado llamado Nuxlum. Para quienes no sepáis dónde está, os informo que se encuentra a unos ochenta años luz de la Tierra.

—Lo que yo decía. En el quinto infierno —apostilló Paws con una sonrisa estúpida.

—Aceleraremos durante año y medio hasta alcanzar la velocidad de la luz, entraremos en la corriente Lisarz y seguidamente desaceleraremos a velocidad sublumínica durante otro año y medio hasta llegar a la órbita de Nuxlum —Reyan se volvió hacia la pantalla. Apareció un gráfico con el curso estimado de la nave, surcando el sistema solar y adentrándose en el espacio profundo—. Aquí en la Tierra habrán transcurrido tres años para cuando lleguemos a nuestro destino, pero nosotros sólo envejeceremos seis meses por efecto del viaje relativista. A pesar de eso, el control de la misión ha decidido ahorrar al máximo en provisiones, así que la mayor parte del tiempo lo pasaremos bajo neuroestasis.

—¿Qué? —exclamó Paws.

—Un método de reducción artificial del metabolismo humano —aclaró Reyan—, basado en sustancias depresoras de las funciones vegetativas del organismo.

—Creo que eso me gustará —Paws cruzó las manos tras su cabeza, colocando los codos en una postura que incomodaba a Luria. Ésta comenzó a notar el olor que emanaba de las axilas recién descubiertas.

—La neuroestasis es más barata que la hibernación clásica —continuó Reyan—. Podríamos pasarnos durmiendo

todo el viaje perfectamente, porque los sistemas de a bordo están completamente automatizados y la *Newton* ha sido diseñada para realizar un viaje estelar sin intervención humana; pero para mayor seguridad, dos personas vigilarán los equipos en turnos de dos meses. Yo me adscribiré al primer turno. Y mi compañero será... —simuló consultar una carpeta de notas— la doctora Luria Ebrehs.

—¿Quién ha establecido esos turnos? —protestó Paws.

—Yo —dijo Reyán—. Soy el geólogo jefe de la misión.

Keil levantó la mano, interrumpiendo una nueva protesta que Paws estaba realizando.

—¿Cuál será nuestro trabajo en Nuxlum? —preguntó.

—Extracción de minerales. La construcción de la base acaba de finalizar. Nosotros tendremos el honor de estrenarla. Luria y yo seremos los geólogos de la colonia, el doctor Nelser se encargará de la investigación bioquímica, Paws y Glae del manejo de las máquinas; Keil, de mantener el sistema cibernético de la base —hizo una pausa—. Bien, si no hay más preguntas, tenemos un descanso de una hora para comer. Luego nos reuniremos en el muelle cinco para que empecéis a familiarizaros con el instrumental de la *Newton*.

Reyán apagó la pantalla y bajó del estrado, alcanzando en tres zancadas la salida.

—Creí que tu campo era la biología, Luria, no la geología —le comentó Keil.

—Me ofrecieron este puesto y lo acepté —dijo la mujer—. Mi trimestre de especialización en geodinámica les debió bastar.

El doctor Nelser, que estaba oyéndoles, agregó:

—No se sorprenda, joven. Aquí no son muy exigentes seleccionando al personal —y con un gesto señaló a Paws, que se estaba hurgando la oreja izquierda y extrayendo el cerumen con cara de placer.

—Esa observación también le incluye a usted —replicó Keil.

—Desde luego —afirmó Nelser—. Yo no tengo mucho donde elegir —abrió la boca para añadir algo, pero se interrumpió, juzgando que no debía hablar de ciertas cosas con unos desconocidos—. Acabo de cumplir los setenta y estoy sin

empleo. Lo único que quiero es un lugar apartado donde jubilarme. Pero ustedes... parecen buena gente.

—¿Insinúa que usted no lo es? —inquirió Keil—. ¿O Reyan?

—Llevo en *Lagrange 4* cerca de una semana, y he averiguado algunas cosas de nuestro geólogo jefe realmente interesantes. Su último destino fue una plataforma orbital en Io. Le gusta empinar el codo más de lo debido, y estando de servicio y totalmente ebrio discutió con su jefe. No creo que Reyan se marchase a Nuxlum si pudiese elegir.

Keil se volvió disimuladamente para mirar a Glae, que continuaba sentada en la última silla, con su bolsa de equipaje sobre las rodillas. La mujer, absorta en sus pensamientos, parecía ajena a cuanto sucedía a su alrededor.

—¿Y ella? —preguntó—. ¿Qué ha averiguado de ella?

—Nada —dijo Nelser—. Llegó poco antes que ustedes a la estación, en una lanzadera procedente de la Tierra.

Keil dudó en acercarse a la mujer. Parecía necesitada de compañía, pero quizás lo único que quisiese fuera que la dejasen en paz. Ya habría tiempo más adelante de hablar.

—Tomaremos algo en la cafetería —dijo Nelser.

Acompañaron al anciano. Paws, sorprendentemente, no les siguió. Tal vez estuviese esperando que se marchasen de allí para quedarse a solas con Glae.

—Doctor, ¿no le parece un poco precipitada nuestra partida? —preguntó Luria—. Acabamos de llegar y ya se nos ha dicho que zarparemos mañana. Keil y yo no tenemos experiencia en viajes estelares.

—Sí, yo también lo he pensado. Y sólo se me ocurre una respuesta. Están ansiosos por vernos partir.

El computador de la *Newton* realizaba rutinariamente los últimos ajustes en la evaluación de los sistemas de navegación. La nave estaba concebida para llevarles al otro extremo de la galaxia si fuese necesario, sin que tuviesen que poner un dedo en la consola de mandos. A la tripulación se le enseñó lo esencial para solventar las emergencias que podrían

presentarse durante el vuelo; y a Keil y Luria, únicos que carecían de experiencia en el espacio, a ajustarse correctamente los trajes de presión. Paws y Glae habían pilotado transbordadores de carga y reparado satélites en órbita. Reyan presumía de una dilatada carrera como ingeniero planetario antes de especializarse como geólogo, y en cuanto a Nelser, había trabajado algún tiempo en una estación médica y en una base de Marte.

Llegarían al sistema Cetus Moss en un plazo de seis meses, tiempo de la nave, si bien en la Tierra habrían transcurrido tres años para cuando alcanzasen su destino. Una vez que abandonasen el sistema solar no podrían contactar con el control de la misión, salvo que desde la Tierra se les enviasen instrucciones mediante un vehículo correo.

En el siglo XXII, la transmisión hiperespacial de datos era imposible. Enviar desde Nuxlum un mensaje hasta la Tierra tardaría ochenta años en llegar, y la respuesta otro período igual. Las naves correo eran la única alternativa de obtener una comunicación más fluida, pero la Unión interestelar no iba a malgastar su dinero en mandar mensajes si no eran absolutamente imprescindibles, por lo que había pocas posibilidades de que recibiesen noticias del control de misión durante el transcurso del viaje.

Cuando un vehículo se acelera a velocidades próximas a la luz, su energía cinética se transmite al continuo espacial creando un frente de choque conocido como corriente Lisarz, que acorta sensiblemente el tiempo de vuelo. La corriente no existe en ningún punto concreto del espacio, es el propio vehículo espacial quien la crea. Las sondas de mensajes podían cruzar la corriente, pero no los rayos de luz o las emisiones electromagnéticas.

A menos que ocurriese una catástrofe a bordo de la *Newton*, la Unión interestelar no enviaría ninguna de sus naves. Y aunque lo hiciese, el salvamento no llegaría a tiempo para rescatarlos. Cualquier mensaje de socorro lanzado desde la *Newton* estaba limitado a viajar a la velocidad de la luz. Si se daba una emergencia a mitad del viaje, significaría que tardaría cuarenta años en llegar a la Tierra; por lo que, a menos que la situación de emergencia se diese cerca del

sistema solar, la posibilidad de ser rescatados con vida era muy próxima a cero.

Las camas de estasis se hallaban listas para recibir los cuerpos de la tripulación. Keil había esperado ver algo más espectacular, urnas de cristal o cápsulas criogénicas de avanzado diseño. Nada de eso. Se trataba de vulgares camas con sábanas blancas y almohada. Un pequeño monitor situado encima de cada cabezal controlaba las constates vitales del individuo, pero por lo demás, se parecían más a camastros de hospital que a equipos de tecnología punta. Paws se prestó voluntario para entrar el primero en el sueño inducido, a lo que ninguno de sus compañeros puso la menor objeción. Todos estaban ansiosos de verle callado, y aunque todavía faltaba media hora para el despegue, Allis Reyán se encargó personalmente de sumirle en el sopor de la estasis química.

—Quítate el chicle —le advirtió Reyán—. Podrías tragártelo.

Paws se lo sacó de la boca, y lo pegó en el lateral del monitor que tenía sobre el cabezal.

—¿Así está mejor? —sonrió—. Ya lo recobraré cuando despierte.

—Deberías habérselo dejado —dijo Keil—. No creo que perdiésemos mucho si se ahogase.

—Eh, gagnápiro, mucho cuidado con lo que dices.

Reyán le descubrió el torso y colocó sobre su cuerpo tres ventosas, una sobre la frente, otra encima del corazón y la tercera en el abdomen. El monitor del cabezal comenzó a registrar las constantes vitales de Paws. Reyán cabeceó aprobatoriamente, afianzó el cuerpo a la cama con un par de cintas de seguridad y cogió una pistola médica, que acercó al antebrazo derecho del hombre.

—Eh, no me dijeron que fueran a vacunarme —protestó Paws.

Reyán apretó el gatillo. La solución química se extendió rápidamente por el torrente sanguíneo del mecánico.

—Bueno, el bello durmiente nos dejará en paz durante una temporada —anunció Reyán—. Gracias al cielo.

—¿Estás seguro de que ya no puede oírnos? —dijo Keil.

—Completamente.

—Bien, pues yo sugiero que nos las arreglemos para dejar a este bastardo en la estación. Sólo nos causará disgustos, y además...

—¿Además qué? —dijo una voz chillona.

Paws, que simulaba estar dormido, los estaba oyendo.

—¿Qué clase de mierda me has metido en las venas, aprendiz de matasanos? —graznó—. Por cierto, ¿desde cuándo un geólogo está capacitado para poner inyecciones? Podrías meterte en un follón con el sindicato de enfermeros.

—No lo comprendo —dijo Reyan, asombrado—. Los efectos de esta droga son instantáneos. Dormiría hasta un caballo.

Nelser arrebató al geólogo la pistola médica.

—Déjeme a mí —colocó el instrumento sobre la yugular de Paws y disparó una nueva carga. Luego comprobó en el monitor que efectivamente la droga había tenido efecto, y para cerciorarse mejor, alzó el brazo de Paws y lo dejó caer—. Ahora sí está realmente dormido.

—No entiendo qué puede haber pasado. Quizás le administré una dosis menor.

—No, Reyan —negó el doctor—. El hecho tiene una explicación más sencilla. Paws ha desarrollado un alto grado de tolerancia a las drogas. Por eso ha necesitado una dosis mayor —señaló el chicle, que el mecánico había pegado en el lateral del monitor—. Contiene alcaloides —aclaró, y volviéndose hacia Keil, dijo—: ¿Era eso lo que iba a decirnos antes?

—Hice algunas averiguaciones sobre él después de comer —reconoció Keil—. Presiento que nos traerá problemas.

—Dejarlo en *Lagrange 4* es algo que escapa a mis atribuciones —alegó Reyan—. Ni he escogido a la tripulación de esta nave, ni puedo rescindir su contrato.

—No es necesario rescindirlo. Digamos que no se presentó a tiempo para embarcar —sugirió Keil—. Seguro que lo incluirán pronto en otra nave.

—Dejémoslo estar —Reyan consultó su reloj—. Glæe y Nelser, creo que ahora les toca a ustedes.

—¿Está seguro que sabe manejar correctamente ese aparato? —dijo el anciano, acostándose en una de las camas y quitándose la chaqueta.

—Vamos, doctor. Si necesito su ayuda, ya le despertaré, ¿de acuerdo? —Reyan le colocó las ventosas y acercó la pistola al antebrazo, cubierto de un vello escaso y blanco—. La próxima vez que abra los ojos se encontrará a docenas de años luz de la Tierra, desacelerando para situarse en órbita de Nuxlum.

Nelser cerró los ojos. La droga acababa de hacer un efecto inmediato en su organismo. El geólogo ajustó las cintas de seguridad para evitar que el anciano pudiese caer en una sacudida de la nave y se volvió hacia Glae.

—Bien, tú eres la siguiente.

—Preferiría que fuera la doctora Luria quien me atendiese —dijo Glae ásperamente.

Reyan se encogió de hombros y dejó a las dos mujeres solas, mientras se alejaba hacia el puente de mando con Keil.

—No te dormiré hasta que no haya entrado en funcionamiento el conversor de gluones —le dijo Reyan—. Quiero que alguien con experiencia en computadoras esté conmigo cuando el motor principal arranque.

—No tengo la menor idea de ingeniería —admitió Keil.

—Yo tampoco tengo mucha habilidad manejando ordenadores —dijo Reyan—. El proceso de encendido de los motores es bastante seguro, y la separación de los quarks debe dar comienzo unos minutos después de abandonar la estación. Pero si algo sale mal, prefiero a mi lado alguien que sepa entenderse con el piloto automático de la *Newton*.

Una de las paredes del puente era transparente, y ofrecía la visión del muelle donde la nave esperaba autorización para salir. En las consolas, los procedimientos de comprobación se verificaban sin la menor incidencia. Reyan, con los brazos en jarras, contempló las luces que parpadeaban en los instrumentos un tanto fastidiado.

—Algún día enviarán únicamente monos inteligentes a las colonias —dijo—. La verdad es que los hombres estamos cada vez de más.

Luria entró al puente.

—Glae ya duerme —dijo.

—Deberían realizar una evaluación psiquiátrica del personal antes de contratarlo —observó Reyan, ácido.

—¿Sólo porque no ha querido que tú le colocases las ventosas? —exclamó Luria.

—No sólo por eso. Glae parece una mujer bastante extraña. Sólo hay que verle la cara para darse cuenta —miró a Keil, buscando apoyo a sus palabras.

—El hecho de que vista de negro, o de que no quiera conversar con nosotros, no significa nada —dijo aquél.

—Ya, pero esa expresión suya... Cuando la miras, parece como ausente. No sé si realmente sabe adónde va.

—Lo sabe perfectamente —intervino Luria—. No es estúpida, si es eso lo que insinúas —la doctora echó un vistazo al reloj digital del puente. Quedaban cuatro minutos para el despegue—. ¿No deberías estar ya bajo neuroestasis, Keil?

—Le he pedido que se quede un poco —dijo Reyan—. Por si surgen problemas con los motores. El despegue y el aterrizaje son los momentos más críticos de un viaje estelar.

—Eso es obvio —replicó Luria—. ¿Tienes mucha experiencia en navegación, Reyan?

—Al menos una veintena de viajes, siempre dentro del sistema solar. La navegación interestelar es muy similar. La única diferencia es que dura algo más.

—Atravesar la corriente Lisarz también es otra significativa diferencia —dijo Luria.

—Sí, desde luego. Será toda una experiencia. Lástima que para cuando suceda nos encontremos echando la siesta. Paws y Glae serán quienes estén de turno.

Keil suspiró de alivio. Temía que Luria intentase cometer alguna insensatez provocando un salto descompensado. Pero si iba a estar dormida cuando la *Newton* alcanzase la velocidad de la luz, no había de qué preocuparse.

La estructura de la nave estaba vibrando.

—Las abrazaderas van a retirarse —advirtió Reyan—. Será mejor que nos sentemos.

Luces rojas comenzaron a girar en la bóveda del puente de mando. Keil ocupó el sillón más cercano y se abrochó el cinturón. El despegue iba a dar inicio.

Las vibraciones volvieron a sacudir el casco. Una pequeña ignición del motor secundario impulsó a la *Newton* suavemente hacia el vacío interplanetario. La estación disminuyó rápidamente de tamaño en el cristal panorámico, hasta quedar reducida al tamaño de un punto minúsculo. A su izquierda, el disco anaranjado de la Tierra era cada vez más pequeño. Aquella sería la última vez en muchos años que contemplaría su mundo natal. Si es que volvía a la Tierra. Recordó por un instante a su socio, y sonrió al imaginar las calamidades por las que Braj debía estar pasando ahora, mientras él iniciaba su viaje a las estrellas. Por fin sabría aquel parásito lo que significaba trabajar. Si es que no había embaucado ya a alguien para que continuase llevando el taller, mientras él fundía las ganancias en cerveza.

—¿Ya podemos levantarnos? —preguntó Keil.

—Todavía no —le respondió Reyan—. El convertidor de gluones va a entrar en funcionamiento.

A finales del siglo XXI, el descubrimiento de un método para fisiónar los protones revolucionó la física moderna. Los gluones, partículas elementales que ligan los quarks, atraen a éstos entre sí con una fuerza enorme; virtualmente es como si se hallasen pegados. Gracias a esa demostrada fama de adherencia, los gluones fueron conocidos durante muchos años como un pegamento nuclear imposible de disolver. Pero la palabra imposible, en la Ciencia, es un concepto relativo que varía con los tiempos. La fisión de los componentes de un protón liberaba una cantidad gigantesca de energía, mucho mayor que la generada por los procesos habituales de fusión atómica que tenían lugar en el interior de las estrellas. Tal energía, convenientemente transformada, proporcionaba la aceleración necesaria que hacía posible el viaje interestelar, careciendo de los inconvenientes del combustible químico, utilizado en el pasado sin demasiado éxito durante los primeros esarceos espaciales.

Tras décadas de uso, los convertidores de gluones se habían revelado bastante fiables, podían acelerar un vehículo tripulado a velocidades próximas a la luz en pocos meses; e incluso naves no tripuladas en unas semanas, a aceleraciones de vértigo que el organismo humano no resistiría. El problema

de la duración de los viajes estelares no radicaba tanto en la fuente de energía como en la fragilidad de los seres vivos que iban a bordo.

Las sondas no tripuladas se habían convertido en una forma barata para explorar la galaxia y buscar mundos interesantes. Miles de vehículos robot circunnavegaban la Vía Láctea, acelerando y desacelerando a velocidades que habrían convertido en pulpa a sus tripulantes de haber existido. Viajaban a miles de años luz de la Tierra y volvían obedientemente al cabo de los años como bumeranes cósmicos, repletos de valiosísimos datos acerca de lejanas estrellas que ningún ser humano había visto jamás. La mayoría de esta información no tenía interés para la labor colonizadora de la Unión interestelar. Muchas estrellas carecían de planetas, o éstos eran gigantes gaseosos donde el asentamiento de colonias no era posible. Pero una pequeña parte de las sondas, alrededor del uno por ciento, encontraba información que los planificadores de la Tierra devoraban con gula.

Y en ese uno por ciento se hallaba Nuxlum.

Explorar sistemáticamente los doscientos mil millones de soles de la Vía Láctea consumiría un período de tiempo muy superior al que la especie humana llevaba existiendo en el universo. Aún suponiendo que las sondas robot estudiaran cien mil estrellas al año, se precisarían como mínimo dos millones de años para que la humanidad consiguiese dar un vistazo somero a la Vía Láctea. Y dos millones de años, en términos prácticos, es un período demasiado largo para obtener resultados. Para los políticos que gobernaban la Unión interestelar, incluso un siglo era demasiado tiempo, y urgían a los científicos a obtener resultados tangibles en términos no ya de décadas, sino de períodos de cuatro o cinco años, que era lo que por término medio duraban sus mandatos antes de la renovación del Congreso. Toneladas de datos sumamente valiosos acerca de la dinámica de las estrellas eran apartados a un lado mientras los investigadores, atosigados por los dirigentes de la Unión, se centraban en la obtención a corto plazo de beneficios económicos.

Para planificar la labor de exploración se escogían estrellas del tipo G similares al sol, descartando por lo general

a las gigantes o a las parejas estelares. Eso reducía sensiblemente el número de sistemas a estudiar, pero aún así, seguía siendo inabarcable en términos humanos. La exploración, iniciada a finales del XXI, cumpliría pronto sus primeros cien años de vida, y sin embargo no se había encontrado hasta la fecha un solo planeta comparable a la Tierra, o vestigios acerca de civilizaciones que existieran en la actualidad o hubieran existido en el pasado, o formas exóticas de vida que cautivasen la atención de los ciudadanos. El volumen explorado de la galaxia no había despertado el ansia de los colonos por emigrar en masa a las fronteras, a pesar de que la Unión falseaba deliberadamente sus campañas de publicidad, para dar la impresión de que los mundos similares a la Tierra abundaban como las moscas en verano.

Una parte del cerebro de Keil Parmet tenía plena conciencia de aquel engaño. Sabía que en Nuxlum no encontraría riachuelos, bosques que se perdiesen en el horizonte, ni cordilleras nevadas rodeadas de nubes. Nuxlum tenía todas las probabilidades de ser una roca salpicada de charcos de metano, como sugería Nelser; pero la alternativa de quedarse en la Tierra no se presentaba mucho mejor, y el sueldo que le pagarían era bastante alto y en unicreds no devaluables. Había hecho cálculos, y con el capital e intereses acumulados durante sus diez años de servicio para la Unión podría vivir perfectamente el resto de su vida hasta jubilarse. Además, siempre había querido vivir fuera de la Tierra. Desde pequeño había deseado viajar a las estrellas, su experiencia durante el frustrado viaje al cráter lunar Aristarco espoleó aún más sus ansias por abandonar la Tierra, y ahora por fin había llegado la oportunidad de su vida; con el atractivo añadido de que además le pagarían por cumplir su sueño.

Miró a Luria y se preguntó si los motivos de la mujer serían lo bastante sólidos para que no tuviese pronto que lamentar aquel viaje. Sus razones para dejar la Tierra eran muy diferentes a las suyas. Ella se había quedado sin empleo, y además, sin su único hijo, y todo en un mismo día. Luria no lo resistió. Su decisión había sido irreflexiva e impulsiva; pero en fin, Keil era el primero que se alegraba de que viajase con él. Sobre todo porque iban a pasar mucho tiempo totalmente

aislados de la civilización. Y porque Luria, si quería elegir algún hombre entre la tripulación, no escogería al zarrapastroso de Paws, o al anciano doctor Nelser. Se fijaría necesariamente en él, o en Allis Reyan. Y en cuanto al geólogo jefe, si las maledicencias que el doctor le había contado eran ciertas, las opciones de Luria quedarían limitadas a una sola persona.

Keil sonrió, reconfortado por aquel pensamiento.

Las luces de alarma del puente dejaron de girar. Reyan se quitó el cinturón, y Keil y Luria le imitaron.

—El motor principal ha funcionado conforme a lo previsto —dijo el geólogo—. Bien, creo que ha llegado la hora de que te vayas a la cama, chaval.

Keil asintió y se dirigió a la sala de estasis. Recorrió con la mirada los cuerpos de sus compañeros, plácidamente sumidos en una letargia química que disminuía al mínimo sus metabolismos. La expresión de Paws se había congelado en una media sonrisa estúpida. El rostro de Nelser, en cambio, aparecía como enojado, con el labio inferior ligeramente saliente. Glae era la única cuyo semblante no revelaba ninguna emoción. Nadie podría decir que estuviese triste o alegre, parecía como petrificada. Keil sintió escalofríos al contemplarla. Su estado era de una inexpresividad inquietante.

Se tendió en la cama. Luria le colocó las correas de sujeción y le destapó el pecho para colocarle las ventosas. Al adherirse a su piel notó que el plástico estaba frío. Miró a Luria, y ésta le sonrió.

—¿Me despertarás si algo va mal? —preguntó.

Reyan se acercó a la cama.

—Nada va a ir mal. Puedes estar tranquilo.

La pistola descargó un torrente adormecedor sobre sus venas. Keil sintió un sabor agrio en el paladar, y a continuación la habitación se disolvió ante sus ojos.

El despertar de Nuxlum. 542 páginas.

© José Antonio Suárez.

Reservados todos los derechos.

<http://www.joseantoniосуarez.es>